

El Cusco

(En el Rep. Amer.)

1

Nacimiento del Sol, ombligo en llamas
y altas llamas de sangre de rocío.
El Cusco brilla, osamenta y fragua
entre los techos, alas de ladrillos
que limitan la vista a lo rendido.

Una luz infinita hay más adentro
del montañoso cóndor de ceniza
que levanta la tierra al horizonte,
en las calles del Cusco, enraizadas
en un pétreo desvelo de gargantas.

Y más alba que gozo es cada día
de cristal, baño del Inca, dulce
pacer del agua en las praderas,
viento con señorío de ademanes.

Degüellan, Hilanderas, las vasijas
de ojo vacío y cáscara tatuada
con cien caras de indios de moneda,
semillas de perfil, piedras de río,
ya luego en el troquel raza robada,
como al gasto del tiempo, los sillares,
amuletos, bordados y pinturas,
olvidan las efigies de los Incas,
que perdieron los ojos en el sueño,
los de rostros de dátiles de luna,
ciegos de transparencia y mediodía,
seguidos paso a paso por las tribus;
las montañas a pie, andar de cuevas;
a pie las fortalezas, las de pórfido,
los andenes agrícolas marchando
igual que los gusanos, por alforzas;
los árboles a pie, andar de hojas
desde Saccsaihuaman a Coricancha,
y el paso de aguacero del ganado
que transforma la nube de su lana
en lluvia menudita cuando anda.

Así pasan los Incas de diamante,
los que muelen el cielo en las estrellas,
ven con ojos de llama ayer parida
y dan lana de siglos a los vientos.

Así pasan los Incas de diamante,
los de rostros de dátiles de luna
que perdieron los ojos en el sueño.

2

Por ti, ciudad, meteoro y sal bermeja
es celaje la carne envuelta en oro.
Fragmentos amputados a la nada
son tu plaza mayor, andén del llanto,
tus calles alargadas como yugos
para muchas cabezas tributarias;
tu soledad de púlpito tallado;
tu avalancha de piedra que sabía
retener el aliento ante la queja
de marzupial con ojos de botella,
del condenado al dulce del tormento.
Fuego, sangre, hisopos, crucifijos,
potros, caballos, frailes y cadenas.

No se dan por vencidas tus canteras.
Otra raza trabaja en sus adentros,
tesoros busca, descuelga subterráneos
como alas de vampiros en la sombra.

No le basta la mina, quiere el alma
encontrar en joyeles no cuajados
y alternan con la magia, la tortura,
el milagro, la rabia y la viruela.

Suave y lenta, tal vez sin precipicios,
te peinan los collados pastoriles.
Resuelta a ser iglesia, iglesia eres,
con madonas de traje al fuego fresco,
ojos grandes de diosas vegetales
y al soplo de la luz, mares y rosas,
en el cabello, tiempo de castaños.

3

¿De qué lluvia doliente, las vicuñas
adelantan el descalzo regreso?
¿Qué olfativa presencia en la madera,
tras las ñustas con paso de pestañas?

Dolencia mineral de las caderas
al ir subiendo de manera suave
al celestial bullicio de los pinos,
al ir subiendo en la marea suave
del éxtasis florido, la insaciable
sed de ser a expensas del olvido.

Una libre expresión de ala dormida
tiene el ojo del indio que se entrega
al placer infinito de la ausencia
y hasta donde se borra con la coca
de dios rumiante que se come el cielo,
alcanza al gozo, penetrante esclavo
que golpea los dientes de la raza
con frío tiritar, son de granizo.

¿De qué dicha su ardor se ha poseído,
si todo llega en plumas a la orilla
del labio y él lo sabe; no codicia
ni espera lo que el amor no trae?

¿De qué dicha su ardor se ha poseído?
¿Cuál su forma en el humo, en la fatiga,
en el tocoso fondo de su pecho
que se parte en sonidos, siendo roca?

Sopor candente del espacio oscuro
antes de ser coloquio constelado.
Semidespierto al dulce desafío
del día, en los zafiros refulgentes,
dorado de esponsales y de dioses,

entre sus brazos de follaje en cielo
se evaporan las costas de la tierra.

4

Merecía la flor ser el andamio,
la nube coagular en azafranes,
reducirse a cinturas de geranio,
la forma oculta, para siempre esclava,
si al fin iba a encontrar esta belleza,
entre alta soledad de nomeolvides
y la gran soledad de un mar de piedra.

Penachos de humedad, blancas espumas
del llamero con pelo de zampoñas,
cuando borra —tambores en el humo—
enfermo de sufrir la misma espina,
al través de la danza, los dibujos
de su cuerpo, su sombra y su camino.

¿En qué lengua se habla el que se viste
a la luz de la luna, con rebaños
que se agitan, pañuelos de algún *huaino*?
¿En qué lengua, si vuelve a ser rocío
la queja que navega en los *quitquinchos*,
subterráneo dolor del armadillo?

Racimos de danzantes derretidos
en sudor y nevados en espejos
al compás de la quena en el vacío,
reciben el maíz, del que se mira
la barba de mazorcas reflejada
en la fuente de mieles sin ausencia.

5

Campana de piedra, flauta de piedra,
caracol de piedra-eco-ángel del ángelus
de María Ángola...

Muralla de piedra, reja de piedra,
corazón de piedra-eco-ángel del ángelus
de María Ángola...

Cántaro de piedra, Cusco de piedra,
catedral de piedra-eco-ángel del ángelus
de María Ángola...

Miguel Angel ASTURIAS.

Cusco, noviembre 1948.

España (y América, añadimos) festín de Generales

Es un comentario *inactual* de Víctor LORZ.

(Como hoja suelta (de 1936), ha llegado a nuestras manos. Un republicano español despierto nos la trajo).

"Que se apruebe la reforma. Que después, yo, sin más insignias que mi frac, ahorcaré generales con sus propias fajas".

Bravo Murillo, que hablaba así hace un siglo, había nacido en una época que era una orgía de generales. El gran ministro de la Regencia pedía una reforma de la Constitución de sentido autoritario para el Gobierno. Le tocó bailar en esa danza trágica de los Esparteiro, de los Narváez, de los Serrano y demás espadas más o menos brillantes, más o menos ilustres y más o menos brutos. El único remedio que él veía, era, ahorcar generales para pacificar la nación. No consiguió la reforma que pedía. Y los generales siguieron el festín de sangre, conspirando, enredando, fusilando durante todo el siglo y causando el colapso de

la patria. Y cuando creíamos que aquella época de vergüenza estaba superada por la mayor cultura de la nuestra, he aquí que otros soldados inician otra vez la zarabanda bárbara que ahoga a la immaculada República de punta a punta en un mar de sangre. Si como patriotas a secas esto nos subleva, como españoles que creemos tener en nuestra cabeza alguna luz, nos abochorna y nos humilla. ¿Qué? ¿Todavía en el año 1936 y en una democracia europea, son posibles estas cosas? ¿Hay soldados suficientemente analfabetos que juegan con el destino de una República que marcha al compás de las grandes democracias del mundo? ¿Todavía hay españoles suficientemente niños, que los aplaudan? Creo, creo que jamás había caído una ignominia tan grande sobre España.

¿Aplaudir a los soldados traidores que han retrotraído la Historia de España al año 1836? ¿Aplaudir las devastaciones, las destrucciones,